

pueblo, es esencialmente belicosa, y también llamamos que tiene por principio un solo Dios (*Got, Goodae*) *Allfader*, es decir, el Padre universal, que se descompone enseguida en otros muchos. Todavía conservan los días de la semana en las lenguas inglesa y alemana los nombres de los dioses Tyr, Wodan, Thor y de la diosa Freya, que corresponden cabalmente á los planetas visibles en este hemisferio, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, y dispuestos en el mismo orden, lo cual es todavía más sorprendente.

Ofrecían á Herta, la tierra, sacrificios humanos cerca de un lago situado en la isla de Rugen (19), y que traía su nombre del de la diosa. Allí se arrojaban vivos un mancebo y una doncella.

Además de los dioses de que hemos hablado, cada tribu tenía los suyos, y adoraba, ora á las potestades de la naturaleza, á estilo de los persas, ora á los héroes y al genio del país bajo el nombre de Irminsul. Si quisiéramos consultar el Edda y las tradiciones islandesas, hallaríamos más de un punto de analogía entre las religiones escandinavas y las de Oriente. Pero el clima del Norte empobrece el cielo de divinidades y de delicias: no puede ofrecer más que la caza y el aguamiel á miserables dioses, vencidos por gigantes, espantados por el lobo Fenris, y obligados á recurrir á Lohis su enemigo, á fin de libertarse de las emboscadas con que se les intimida. Todos estos dioses envejecen: morían en el caso de no poseer las manzanas del Iduna, y cuando lleguen á faltarles perecerán con el universo.

pleta; *Geschichte des Heidenthums in Nordliches Europa*. Leipzig, 1822.

Véase también ENRIQUE LEO, *Ueber Odins Verehrung in Deutschland*. Erland, 1822, y MAGNUSSEN, *Veterum borealium mythologia lexicon*. Copenhague, 1828.

W. MUELLER, *Geschichte der deutschen Religion*; GREYER, *Svea rikets Hefder*.

(19) «Esta isla del bosque sagrado, dice un autor contemporáneo, subsiste todavía en el mar Báltico, de que es el más bello ornamento; su nombre es Rugen, y se habla allí la lengua de los germanos. Otra raza y otro dios han sucedido á los antiguos, si bien sobrevive la tradición. Ensenábase todavía al extranjero el bosque sagrado donde se congregaban en otro tiempo para celebrar en la primavera con toda clase de juegos la fiesta de la diosa Tierra, y de donde el sacerdote salía en procesión sobre un carro en medio de las alegres aclamaciones de la muchedumbre. Aún subsiste el mar de Herta con sus profundas y tranquilas aguas: es un estanque circular rodeado de colinas y de espesos céspedes y á que prestan sombra frondosos árboles, cuyo aspecto produce cierto estremecimiento religioso. Entorno habitan pocos seres animados. Solo perturban aquel solemne silencio el ruido de un rebaño, una gallineta, un cuervo marino que se alza en medio de las cañas. Al extremo septentrional está la antigua aldea con sus altos muros, y la calle de árboles en que se veneraba la imagen de la diosa. Aquel sitio se halla actualmente invadido por los juncos, si bien recuerdan los antiguos tiempos fragmentos de altares y piedras del sacrificio. A distancia de mil pasos se descubre el mar, el promontorio de *Stubben-Kammer* y el *Konigstul* con sus altas columnas.

Al principio eran la noche y el caos, pero el Allfader criador existía desde toda eternidad en el vacío inmenso. Produjo la tierra de Ginungapap, toda cubierta de hielos, y la de Muspeleim, de suelo abrasado, custodiada por Surtr, que vendrá un día armado con su espada fulminante á combatir á los dioses y á reducir el mundo á cenizas. Penetra el calor de Muspeleim y hace que se derritan los hielos del Norte; de allí nace el gigante Imer, nutrido por cuatro torrentes de leche, que son producidos por la vaca Odumbla. Una noche engendra Imer un hombre y una mujer por el brazo izquierdo: por los pies da á luz un mancebo, tronco de los gigantes Rimtursos. Lamiendo Odumbla una piedra, cubierta de carámbanos, hace brotar el primer día cabellos; el segundo, una cabeza; el tercero, un hombre, Bor. Habiéndose casado éste con la hija de un gigante engendró á Odin, á Vili y á Ve, que habiéndose coligado, dieron muerte á Imer. Su sangre manando á oleadas ahogó á los gigantes, á excepción de uno que huyó con su mujer dentro de una barca, y fué á otra parte á propagar su raza. La carne de Imer sirvió á los hijos de Bor para formar la tierra: con su sangre hicieron los lagos y los mares, con sus huesos las montañas, con sus dientes las piedras, con su cráneo la bóveda celeste, sostenida por cuatro enanos, con sus sesos las nubes, con sus cejas una empalizada para protegerles contra los gigantes, con las chispas de fuego procedentes de Muspeleim, los astros y las estrellas.

En el país de los gigantes vivía Nor, que dió al mundo la noche (Nott), esta al día (Dagr). Recorre la noche el cielo sobre un corcel que sacude su freno á cada paso, y la espuma que arroja es el rocío. Cabalga el día en un caballo fogoso y su crin ilumina la tierra. El sol y la luna son dos hermosos niños, arrancados por Odin á su padre, que huyen acosados continuamente por dos lobos que amenazan devorarlos.

Yacía desierta la tierra cuando pasando por la ribera del mar los dioses vástagos de Asgard vieron dos ramas flotantes: las recogieron y formaron á Ask y á Ambla, á quienes Odin dió el alma y la vida, Lodur la sangre, la palabra y los sentidos. Enir el espíritu y el movimiento: fueron colocados en el Midgard enseguida.

Se reúnen los dioses en consejo bajo Igrasil, el fresno más grande que existe: sus ramas cubren la tierra, su copa hiende el cielo, profundizan hasta el centro de la tierra su raíces, tocando una de ellas en el infierno, otra en el país de los gigantes, la tercera en la morada de los dioses. En el país de estos brota el manantial de la sabiduría, perteneciente á Imer. No pudo gustarlo Odin sin perder un ojo. Muy cerca se hallaba la fuente de lo pasado, donde se congrega el concilio celeste y pronuncia sus fallos; allí *las tres noras* ó *parcas*, *Urd, Verdandi, Schuld* (pasado, presente, venidero), retuercen con sus callosos dedos el hilo de la vida de los hombres, lo devanan en rededor de su

enorme rueca, y lo cortan con tijeras de hierro. Posa sobre las ramas del fresno el águila que sabe una infinidad de cosas: al pie roe una serpiente las raíces, y de uno á otro de estos animales corre una ardilla sembrando la desconfianza entre ellos; y cuatro ciervos que recorren las ramas, devoran los gérmenes: cuando amanezca el crepúsculo de los dioses (el fin del mundo) no se hará otra cosa que sacudir este árbol.

Habitan los dioses moradas esplendentes con muros de oro y techos de plata. Odin tiene además una ciudad brillante como el sol, en rededor de la cual vuelan los *elfos*, espíritus alados y luminosos. Construyeron los dioses el arco iris para comunicarse con la tierra; en medio estorba el paso á los gigantes un surco de fuego. Cotidianamente lo sube y lo baja la divina familia á caballo. Solo Thor está obligado á seguirles á pie por ser tan pesado que ningún corcel podría sostenerle. El primero de los doce grandes dioses es Odin, señor de las batallas, criador, destructor: preside la asamblea celeste en un alto asiento, desde donde ve cuanto acaece en el mundo. Tiene doce nombres y ha usurpado el de Allfader; cruza los aires sobre un caballo de ocho patas; los combatientes le consagran las almas de aquellos á quienes dan muerte. Pasa invisible á través de los batallones; pero el ardor que inspira al alma de los héroes da señal de su presencia. Se aleja de los vencidos y presta su lanza á los vencedores; terminada la batalla, las *valkirias*, hermosas y robustas mujeres que presiden á los combates, conducen cerca de él las almas de los que han perecido como valientes. Lleva sobre sus hombros dos cuervos, que toman vuelo todas las mañanas, recorren la tierra y tornan al mediodía á contarle al oído cuanto han visto.

Odin.—Quizá se confunde equivocadamente á Wodan con Odin, porque en la fórmula de abjuración impuesta más tarde á los sajones, se les hacía decir: «Renuncio á todas las obras y á todas las palabras diabólicas, á Tuanaer, á Wodan, al sajón Odin, y á todos sus malditos compañeros.» (20) En esta trinidad, Odin es distinto del dios del trueno y de Wodan, y designado como sajón: pero los laboriosos alemanes no han podido llegar á sacar su historia de los monumentos tradicionales.

(20) Esta renuncia al paganismo, impuesta por Carlomagno á los sajones, era un monumento del antiguo lenguaje:

- ¿Forsachis tu diabolae?
R. Ec forsacho diabolae.
¿End allum diobolgelde?
R. End ec forsacho allum diobolgelde.
¿End allum dioboles werkum?
R. End ec forsacho allum dioboles werkum, end woddum: Thuanaer end Woden, end saxn Ote, end allem them unholdum, the hira genotas sint.
Sigue la profesión de fe. Ap. PERTZ, II.

Se ha conjeturado que desde la Suecia había pasado á establecerse en Sajonia, quizá 70 años a. Cristo, donde había fundado á Sigtuna, capital del nuevo reino, cuyos príncipes debían ser descendientes suyos. Quizá nació poco antes que Jesucristo, en la época en que los romanos no temían á la Germania, ni la amenazaban, lo cual hizo que ignoraran completamente la revolución que consumó Odin en medio de aquellas selvas (21). Guerrero y poeta, introdujo grandes cambios en las creencias del país é impuso con ayuda de sus cantos y de su espada una nueva mitología, ó tal vez no hizo más que modificar la antigua.

Fundándose otros en débiles presunciones, le hacen proceder del Asia en la Escandinavia á la cabeza de una población expulsada de sus hogares por Mitridates. Es más probable que el nombre de Odin se atribuyera á muchos personajes, de los cuales el último, vástago de la raza gótica cuando ésta empezaba á abrazar el cristianismo, restableció las costumbres y las creencias nacionales, retirándose al centro de la Germania. Añádese que para enseñar el desprecio de la muerte se atravesó con una flecha y espiró. Una magnífica hoguera recibió sus despojos mortales y fué colocado en la categoría de los dioses, cuyos misterios había conservado.

Es de creer que este reformador conoció y practicó los prestigios, que todavía actualmente dan celebridad á los chamanes de la Siberia, y á los angerocos de Groenlandia. A esto alude el Edda en el siguiente pasaje: «Sabe curar las enfermedades, embotar el acero del enemigo, quebrantar las cadenas de los prisioneros; su mirada detiene la flecha en los aires; hace caer sobre los demás las imprecaciones fulminadas en contra suya. Apaga los incendios y extingue la cólera en el corazón del enemigo, impera sobre el torbellino, calma el furor de las olas; el poder de su mirada fascina á los espíritus malignos; vuelve la vida á un ahorcado. Hace á un niño invulnerable, derramando sobre él algunas gotas; si aspira al corazón de una doncella de blancas manos, cautiva sus pensamientos á su antojo.»

Después de Odin viene Thor, el dios de la fuerza y del trueno, el enemigo de los monstruos y de los gigantes. Lleva manoplas de hierro que no podría gastar otro alguno, un cinturón que duplica su vigor, una clava de poder maravilloso, que arroja lejos vuelve á él; tiene un carro tirado por dos machos cabríos, y cuando le hace correr se oye el trueno.

(21) Estrabón y Jornandes hablan de *Caneus* ó *Decaneus*, que bajo la dictadura de Sila se dirigió cerca de Birebisto, rey de los getas, y adquirió un poder igual al suyo. Estendió la dominación de los getas sobre la mayor parte de la Germania, dió leyes, enseñó la filosofía, la moral, la física, la astronomía, y pasó por Zamolxis resucitado.

Freyr rige la lluvia, los vientos, el curso del sol y proporciona abundante cosecha; por eso al principio del verano ponían los germanos su estatua sobre un carro y la paseaban por los campos. Este dios va armado con una espada, cuyo temple es tal, que hiende las corazas y las rocas. Cierta día le punza el capricho de subir al trono de Odin, y contemplando desde allí el horizonte no le seducen el oro, ni los palacios, ni las alegres reuniones donde se saborea el aguamiel, sino una doncella de quien se enamora hasta el punto de perder el reposo. Declara á sus amigos la pasión que ha concebido por ella, y uno de ellos se la promete á condición de que le regale su espada; consiente, y en su consecuencia el postrer día se presentará desarmado al combate y será vencido.

En pos de esta triada viene Niord, el Neptuno germano, que distribuye los tesoros ocultos en el mar á sus favoritos; Tiro, protector de los guerreros y de los atletas; Orga, dios del canto y de la poesía, que lleva las runas trazadas en su lengua, y se casó con Iduna, la poesía viva, cuyos frutos de oro impiden que envejecan los dioses. Heimdall, nacido de nueve mujeres, custodia el puente celeste; y tan sutil es en el sentido de la vista, que distingue á mil ó mas millas los pajarillos, ve crecer las yerbas de los campos y la lana de los rebaños.

Balder, dios bueno y amable, principio del bien, idea de lo bello, sueña que debe morir una noche; se lo participa á Odin, quien da orden de ensillar su corcel y desciende al infierno, donde le revela la suerte de Balder la profetisa á quien consulta. Frigga, madre de este dios, hace prometer á todos los seres no dañar á su hijo; pero olvida á un arbolillo recién plantado cerca del Valhalla. Lok, genio del mal, lo arranca, y un día que los dioses perseguían jugando á Balder con la lanza y la espada, pone aquella vara en manos del ciego Hander, quien hiere riendo á Balder y le mata. Gimen el cielo y el universo; se le hacen espléndidas honras, en las que es quemado con sus servidores y su caballo. Pero al aspecto de la enlutada naturaleza se extremece la muerte, y consiente en que Balder renazca, con tal de que sea llorado por todos los seres vivos y no vivos. Odin convoca á la creación entera, y vierten lágrimas y gimen las piedras y las plantas; solo una vieja hace ostentación de una burlona alegría y protesta que no llorará nunca; es Lok en persona, lo cual hace que Balder permanezca en el sepulcro.

Vidar matará un día al lobo Fenris; Valis es un arquero de formidable maestría; Uller, un valiente patinador; Forseti apacigua las querellas.

Doce diosas corresponden á estos dioses. Frigga es la mujer de Odin; Freya, diosa del amor, se casó con Odhr, quien la abandonó para viajar; entonces empezó á buscarle por todas partes, como Isis, y lloró con las lágrimas de oro de la fidelidad. Eyra corresponde á la Higia griega; Gefion es la patrona de las vírgenes, Lorna recon-

cilia á los amantes; Vora sabe todo lo que acontece; Snorra protege á los sabios (22).

A esta mitología añadían los germanos la idea moral de la recompensa en el Valhalla y del castigo en el Nifheim. Se entra en el Valhalla por quinientas puertas; lo habitan cuatrocientos treintidos mil guerreros (23), que allí combaten y luego se reunen en banquetes donde les sirven las hermosas valkirias que les escancian leche de la cabra Eidrun y cerveza pura, al mismo tiempo que se recrean con los cuartos de un jabalí que torna á aparecer entero todas las noches. Odin bebe, pero no come, y echa los manjares sólidos á los lobos que le siguen.

Nifheim, el infierno, es un lugar de tinieblas en el fondo del Norte, cruzado por nuevos ríos: cuando Hermodr bajó allí para buscar á Balder atravesó durante nueve noches valles enteramente oscuros, habitados por los morenos gnomos. Allí es donde están desterrados los cobardes, aunque sin padecer nada (24).

(22) Véanse los *Ensayos* de MARMIER sobre la Islandia.

(23) Los caldeos tienen cuatrocientos treintidos mil años de observaciones; el último *yoga* indio es de cuatrocientos treintidos mil años. Según Beroso y Sincello transcurrieron cuatrocientos treintidos mil años desde la creación hasta el diluvio.

(24) Hé aquí en qué términos describe la Volupsa el fin del mundo.—BARTHOLIN, *Antiquit. Dan.*, lib. 2, capítulo 14:

Domum stare videt

Sole clariorem,

Auro tectam

In Gimli;

Ibi probi

Populi habitabunt

Et per sacula

Gaudio fruuntur.

Tum prodit potens ille

Instante divino iudicio

Validus e supernis

Qui omnia regit:

Hic sententiam fert

Et causas dirimit;

Sacra fata statuit,

Quae durabunt.

Domum stare vidit

A sole remotam

In Nastrondo;

Foves boream spectant;

Distillant veneni guttae

Intro per fenestras;

Hac contexta est domus

Spinis serpentinis.

Ibi vadare vidit

Rapida fluenta

Viros perjuros

Et sicarios,

Et qui alterius vellunt

Aurem conjugis;

Rodebant ibi Nidoggus

Mortuorum cadavera;

Laniavit lupus viros.

Nostin adhuc? aut quid rei geritur?

Lok (Lokis), mal genio, que se complace en hacer daño, representa el antiguo dualismo; los dioses se valen de él algunas veces porque es astuto; pero consumado maestro en truanerías, los engaña. Tuvo dos hijos de Signia, y de la hija de un gigante tres monstruos que son: la serpiente Midgard, que envuelve á la tierra; Xela, la muerte, y el lobo Fenris. Ligaron los dioses á éste, su enemigo, y Thor cogió y encadenó al mismo Lok, con los intestinos de su hijo mayor, en tres rocas, de las que en una se hallan sus espaldas, en la otra sus muslos y en la tercera sus rodillas; dejando caer sobre él gotas de veneno una serpiente que se halla suspendida sobre su cabeza. Su mujer, Signia, recibe el líquido envenenado en una copa que vacía cuando está llena; entonces corre libremente el veneno por el semblante de Lok, que se agita con horribles angustias, lo cual produce los temblores de la tierra.

Llegará un día en que prevalecerán los malos genios, sentiránse entonces tres inviernos, desolando al mundo, el hombre, la peste, los homicidios fraternos y los terremotos. Se desbordará el Océano y flotará en su superficie el Naglefar, nave construída con uñas de muertos, en la que los gigantes perseguirán á los dioses. Midgard azotará las olas, lanzando á los aires su veneno. Fenris abrirá sus mandíbulas, de las que una tocará la tierra y la otra el cielo. Lok se encontrará á la cabeza de estos artesanos de ruinas, y Surtr le seguirá. Atacarán la fortaleza celeste; vencerán á los dioses, el mundo será presa de las llamas, y los hombres perecerán. Entonces resucitará Balder. Allfader creará una tierra más risueña y apacible; esparciendo en ella la luz del sol; un hombre y una mujer escapados del universal desastre la poblarán, y producirá sin el trabajo.

Figurándose, en su grosera imaginación, que los dioses, con la desmesurada estatura que les daban se encontrarían mal en un edificio humano, no erigieron templos; sino que adoraban á la divinidad en las alturas, cuya voz creían oír en la espesura de las selvas y en el murmullo de los ríos.

Sacerdocio.—El sacerdocio era magistratura pública. Los sacerdotes conservaban en canciones la historia y las alabanzas de los héroes con las cuales animaban á los demás á las batallas; mientras que con la autoridad de la religión arreglaban las asambleas é imponían la calma á los tumultuosos parlamentos armados. Creyendo que toda potestad se deriva de Dios, ni el jefe del Estado, ni el juez ni el pueblo podían quitar la vida á un hombre libre, sino que debía interponerse la sanción de la divinidad expresada por los sacerdotes que ejecutaban también las sentencias capitales. Ellos arreglaban asimismo las composiciones en los delitos,

Al decir de algunos, la segunda estrofa, que no se halla en todos los códices, hubo de ser intercalada por los cristianos.

los duelos y las transacciones; eran ministros de justicia, la cual ejercían en nombre de Dios, y custodios de la propiedad, á la cual podía poner límites la religión. La apelación á los dioses era el misterioso procedimiento. Veremos luego á los sacerdotes atentos á conservar la paz, teniendo custodiadas las armas, sacándolas sólo cuando se acercaban los enemigos. Cuando Herta recorre las riberas del Báltico cesan las guerras.

El ávido deseo de conocer el porvenir, siempre excesivo entre aquellos á quienes la prudencia suministraba luces para preverlo, les hacía observar el canto y el vuelo de los pájaros, el relincho de los caballos, los torbellinos y el eco de los ríos, y más que todo las fases de la luna, deidad suprema. Interrogaban á veces la suerte por medio del duelo: creyendo en efecto que la divinidad presidía todas las acciones del hombre, deducían de esto que debía manifestar su voluntad y su justicia con un milagro evidente. De allí procedieron los *juicios de Dios*, adoptados en toda Europa.

Sea para dominar mejor los espíritus con la esperanza y el terror, ó que el orgulloso fanatismo que se apodera amenudo de los sacerdotes de las falsas creencias, se atribuyeron otros poderes además de la oración y la enseñanza, y una ciencia misteriosa que les hacía dominar los elementos. En un canto del Edda se alaba un poeta de haber estado suspendido de un árbol siete noches completas, herido mortalmente, y ofrecido á Odin; en cuyo tiempo sus labios no probaron pan ni hidromiel; pero aprendió poderosos encantamientos, arcanos de los dioses, y grandes poderes: «Primeramente sé cantos que consuelan en las disputas, en las penas y en toda clase de amarguras. Si los hombres me encadenan, con mis versos sé romper los hierros. Si cuiero salvar mis naves combatidas por las olas, impongo silencio á los vientos y sosiego al mar. Si veo mecerse sobre mi cabeza un cuerpo suspendido de la horca, hago uso de tales caracteres, que el muerto desciende y viene á hablar conmigo. Si me ocurre contar los dioses uno á uno en la Asamblea, puedo contar hasta el último los Ases y los Elfos. Si deseo el corazón de una doncella, transformo su alma é induzco como me place la voluntad de la joven de los blancos brazos.»

Suponían á Odin autor de la magia, el cual confió sus misterios á los Ases y después á los sacerdotes. De esa manera la idea de una divinidad justa y benéfica se veía ofuscada por la de un poder irracional. El pueblo empeoraba más aún estas imágenes, tanto, que llegaba hasta los sacrificios humanos y á las escenas lúbricas consagradas por el ejemplo de Treya.

Se celebraban cada año, en otoño, en verano y en invierno tres grandes solemnidades, en las que eran inmolados prisioneros condenados, y algunos caballos blancos, lo cual recuerda un rito persa. La sangre se recogía en palanganas, rociando un pontífice con ella á la multitud, á la que se distri-

buía cerveza y carne palpitante de caballo. Una festividad solemne tenía además lugar cada nueve años en la Escandinavia, en cuya ocasión se degollaban noventa y nueve hombres, con otros tantos gallos, perros y caballos.

Aunque el culto de Odín fué violentamente extirpado por Carlo-magno, subsistieron sus huellas mucho tiempo después. La fiesta con la cual celebraba el aldeano, en la primavera, la juventud del año, tomó otra significación; pero se conserva en los ritos de Mayo de la Pentecostés cristiana. Aún hoy mismo, en muchos países en el día más largo (San Juan) se encienden grandes fogatas en las alturas, recuerdo del homenaje rendido en otro tiempo á los elementos. Las viejas encinas, el magnético fresno y el flexible sauce no perdieron en la opinión del vulgo el misterioso poder que le atribuía la antigua superstición, y en la noche de San Walpurga créense aún oír los espíritus entregarse á sus bailes como en tiempo del Walhalla de Odín.

Condición de las personas.—Según el Edda, Hemdall, hijo de Odín, recorriendo el mundo engendró tres hijos: primero el Siervo (*Trall*), negro, con las manos callosas y encorvado; después el Libre (*Karl*), con cabellos rojos, cara colorada y ojos brillantes; luego el Noble (*Jarl*), con mirada penetrante como un dragón, mejillas rojas y cabellos plateados. Los tres tuvieron descendientes esclavos, libres ó nobles como ellos. Los hijos del noble aguzaron flechas, domaron caballos, blandieron lanzas: el último fué el rey (*Korn*) que conoce los númenes, comprende el canto de los pájaros, sabe calmar el mar, extinguir un incendio y apaciguar los dolores. (25)

Constitución.—Hé aquí la constitución primitiva de la nación escandinava, reproducida en las principales razas germánicas. Un Dios padre y tres castas, como encontramos en todos los pueblos de la antigüedad. Verdaderamente libre no era más que el jefe (*ceorl, jarl*); bajo su dependencia había otros libres (*werhmann*) ó no, y los hijos seguían la condición del padre. No obstante, entre los jefes de familia simplemente libres y los propietarios, donde los había, existía la diferencia de que tan sólo estos últimos tenían voto deliberativo en las asambleas. Probablemente debe considerarse esta circunstancia como resultado de una conquista; formaban los vencedores la clase dominante, y parte del terreno quedaba á los vencidos, quienes cultivaban para los conquistadores. A estos pertenecían, pues, los grandes dominios y aún quizá el sacerdocio, y entre ellos eran elegidos los reyes (26); otros servían en la guerra con el título de *lites* ó de *leutes* ó cultivaban los campos bajo el de *colonos*. (27)

(25) Edda *Sæmundar. Rigsmal.*

(26) *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt.* TÁCITO, cap. 7.

(27) Estas tres clases subsistieron entre los sajones

La nobleza, ora fuese un patriciado religioso ó un privilegio de familias y de condes, parecía haber sido una distinción personal en un todo, que no daba preeminencia en el gobierno ni en la administración de justicia. Conviene decir, no obstante, que tenía por privilegio ciertas dignidades, como en Roma, donde gozaban los ciudadanos del derecho por excelencia. No podían casarse los nobles con personas simplemente libres, ni estas con esclavos. (28)

Los hombres libres son la verdadera base de la organización germánica; tienen aptitud para todos los derechos (29). Poseían los colonos en propiedad una casa y una familia; pegados á perpetuidad al terreno, lo cultivaban sin otra obligación que pagar al señor un arrendamiento en especie, en bestias ó en telas.

Esclavos.—Había tres especies de esclavos: los esclavos propiamente dichos, los prisioneros de guerra, y los que perdían su libertad por deudas ó en el juego. Todos eran propiedad absoluta del amo, que podía venderlos, regalarlos ó quitarles la vida. No se diferenciaban los esclavos domésticos de los demás en otra cosa que en la índole de sus ocupaciones, que consistían en ejercer algún oficio, en servir al amo, ó en acompañarle á la guerra.

Podía rescatarse el esclavo con sus economías y entrar en la clase de libertos, sin llegar por eso á ser hombre verdadero (*germano*), es decir, sin adquirir la plenitud de los derechos civiles.

Los esclavos, los libertos, las mujeres, los ancianos, los enfermos, se dedicaban á los trabajos de los campos ó á profesiones sedentarias, dejando á los hombres libres por ocupación la guerra, por diversión la caza y el saqueo por industria. Su vida era, pues, esencialmente belicosa; acontecía lo propio con sus instituciones. Cuando se había distinguido un joven por alguna proeza recibía una lanza y un escudo de su padre ó de algun germano

hasta Carlomagno: *Sunt inter illos qui Ethelingi, sunt qui Frilingi, sunt qui Lazzi eorum lingua dicuntur; latina vero lingua sunt nobiles, ignobiles atque serviles.* NITHARD, *Historia Francorum*, lib. IV.

Lazzi, Lasci, Liti, era el antiguo nombre de los colonos, de donde ha procedido *Leute*. Llamóseles también *Horigt*, de una raíz análoga á la de cliente, *κλῆειν*, oír, como *höven*.

(28) Eginardo dice de los sajones que habían quedado en Germania: «Son celosísimos de su raza y de su nobleza, y cuidan con esmero de conservar la pureza de su sangre. Por eso se encuentra entre ellos gran número de personas del mismo aspecto, el mismo color de cabellos y la misma elevación de estatura. Compónese la nación de cuatro clases: nobles, libres, libertos y siervos; quiere la ley que ninguno salga de su clase, para casarse; si alguien se casa con persona de superior categoría, incurre en pena de muerte.» Véase ADAM BREMENSI, *Hist.*, lib. I.

(29) «Los hombres libres forman la parte principal y el cuerpo de la nación: los nobles tienen los mismos privilegios que los libres, si bien más extensos; por eso los nobles y el mismo príncipe llevan el título de hombres libres.» GRIMM, *Rechts alterthümer*.

distinguido en la asamblea; y desde entonces ya no las deponía, asistiendo armado á los banquetes, á los juicios, á las asambleas, á los sacrificios, á los espectáculos; juraba sobre sus armas como sobre una cosa sagrada; era sepultado con su caballo y sus armas.

Siendo el servicio militar un deber para todos los propietarios libres, en caso de guerra nacional se convocaba á todos al *eriban* en defensa de la patria. Incorporábanse por centurias compuestas de deudos, á fin de que desplegaran más valor en el campo de batalla en defensa de aquellos á quienes les unían vínculos de parentesco. Así tenían también cerca de sí testigos que podían repetir sus alabanzas. Servíanse de lanzas, de javelinas y de flechas para el ataque, y para la defensa, de un ancho pero frágil escudo que era sumo vituperio el abandonarlo. Pocos de ellos gastaban coraza y escasísimos casco; la cobardía y la traición se castigaban con pena de muerte. A diferencia de las partos anelaban pelear de cerca, fiando en su vigor especialmente. Considerábase la infantería como la fuerza principal del ejército y la caballería combatía en sus filas. Atacaban con furioso ímpetu lanzando feroces ahullidos; pero difícilmente se sometían á la disciplina militar. Otras veces un jefe cualquiera reunía en banda armada sus partidarios ó á todo el que prefiriese los peligros al descanso y trabajo, y se aventuraba en nuevos países.

Han querido algunos comparar los germanos á los americanos indígenas, pero esta es una analogía caprichosa y absurda: con efecto hay mucha diferencia entre la ingorancia en que estos se hallaban sumidos y la educación, inculta sin duda, pero capaz de progreso, de un pueblo que poseía tres elementos capitales de civilización: el hierro, que hiende á la tierra y combate á las fieras y á los enemigos; el dinero, que pone en relación con las naciones distantes y la escritura, que enlaza lo pasado y lo venidero.

Tácito, por el contrario, exageró su bondad moral, poniéndola en contraste con la decadencia romana, y los mismos Santos Padres los elevaron sobre estos porque no tenían su refinada corrupción. Con efecto, hasta en la ausencia de rasgos particulares podemos estar ciertos de que todos los germanos se hallaban al mismo nivel de civilización poco más ó menos, modificándola solamente algunas circunstancias de detalles. El carácter principal de todos era el amor á la independencia, y la vivísima necesidad de cada uno de ejercer libremente sus fuerzas. De aquí aquella indolente audacia que les hacía correr en busca del peligro, sin que pensarán en ocuparse de la suerte de sus vecinos, y no vacilando en combatir mañana á sus aliados de un día antes; de aquí aquella manía de libertad, que combinándose con la dependencia militar, engendró el feudalismo.

En medio de poblaciones semejantes nunca podían faltar ocasiones de guerra, y cuando los historiadores no hablan de ellas, la gran invasión

atestigua su movilidad. Tácito nos presenta los bátavos obligados á separarse de los catos para ir á establecerse en las islas del Rhin; los brúcteros desalojados por los camavos y los agrinvaros: los marcomanos arrollando á los boyos, y proporcionándose en virtud de su valor una residencia fija (30). Estos son hechos que rechazan la idea de un pueblo que haya tomado por base necesaria de civilización la estabilidad de las propiedades.

Costumbres.—Apenas se acababa la guerra caían, como todos los bárbaros, del exceso de la fatiga en una absoluta inercia. Desnudos, desaseados, pasaban todo el día junto al hogar disipando su botín, engolfándose en la pereza, bañándose, deleitándose en el libertinaje, buscando las violentas emociones del juego con un furor que llegaba hasta arriesgar en una suerte de dados sus haciendas, sus mujeres, sus hijos y aun sus personas.

Discutíanse los asuntos más importantes á la mesa, donde encontraban particular recreo, pero se reservaban la decisión para el día siguiente con la cabeza tranquila y descansada. Todo el que llegaba ante ellos era recibido con franca hospitalidad, y proporcionaba conyuntura de dar banquetes en que cada cual competía en voracidad y en apetito desordenado. Bebían, los menos opulentos, licores fuertés en copas hechas con cráneos de sus enemigos; pero los vinos recogidos en las tierras del imperio, circulaban por las mesas de los ricos; y calientes por la embriaguez los convidados llegaban á riñas y á homicidas violencias. Entonces se echaban en olvido las composiciones consumadas y reanimaban los antiguos rencores.

Totalmente extraños á las bellas artes no tenían otro metal que el hierro, que no estaba bien trabajado ni era abundante, pues todavía no se explotaban las minas de Harz y de la Sajonia: la avaricia romana fué la que descubrió las de la Beteravia.

Preparaban groseramente la sal, echando sobre carbones encendidos el agua de ciertos manantiales. Cultivaban y tejían el lino, construían barcas, hacían el comercio de trueque, teniendo solo los germanos de la frontera el uso de las monedas romanas. Su pintura consistía en algunos colores ordinarios con que embadurnaban sus escudos; y reputando la religión como indigno de la divinidad representarla bajo formas humanas, carecía entre ellos de objeto de la escultura. Nada nos ha quedado de los cantos con que sus bardos excitaban su valor ó celebraban sus hazañas.

Alfabeto.—Parece que poseían un alfabeto aun antes de recibir el de los romanos y el de los griegos. Efectivamente, se hallan en el alfabeto que se supone introducido por Ufila, y que es más imperfecto que lo que á una imitación conviene, ciertas letras que, á pesar de todos los esfuerzos, es muy difícil combinar con las formas de los caracteres romanos: luego existen inscripciones rúnicas

(30) *Germ.*, 29, 32, 42.

en países donde solo los godos han penetrado. Si la misma índole de los cantos populares y el uso constante de los germanos nos inducen á creer que no los escribieron nunca, no debe acontecer lo propio con las profecías atribuidas á Odin.

Quizá los fenicios llevaron antiguísimamente en sus excursiones este alfabeto á las costas del Báltico, más civilizadas que las orillas del Rin, y cabría en lo posible que su conocimiento permaneciera oculto entre los sacerdotes de Herta. ¿Quién sabe si los palillos con que, al decir de Tácito, echaban las suertes, estaban destinados por su disposición particular á representar letras misteriosas? En tal caso, la forma de los caracteres rúnicos se referiría á este origen. Ahora todavía llaman los alemanes *buchstaben* á las letras del alfabeto, y *stab* significa precisamente un palo, del mismo modo que *runa* en el gótico de Ulfila significa palabra, y más exactamente palabra misteriosa (31): hoy día significa este vocablo canto popular entre los finlandeses.

El alfabeto rúnico tenía dieciséis letras, como el alfabeto jónico, pero se le añadieron tres posteriormente. En lo antiguo solo se empleaban sobre piedra. No pasan del octavo siglo las más antiguas que poseemos, ni son posteriores al décimo tercio. Cada letra tiene un nombre significativo; así F, *fe*, quiere decir dinero; TH, *thur*, gigante; U, *ur*, chispa; O, *os*, puerta; R, *reid*, cabalgar, y así sucesivamente. Se han recogido mil quinientas inscripciones en caracteres rúnicos, mil trescientas de ellas en Suecia, y particularmente en el Upland, que recuerdan la memoria de hechos, y más amenudo de hombres, guerreros ó navegantes, muertos en tierra extranjera. La más antigua de que hace mención la historia fué esculpida, al decir de Sajón Gramático, por orden de Heraldo Hildetant, rey de Upsala, sobre una roca de la Blekingia. Todavía se ve en Islandia, en Borg, en el Myre Syssel, el epítafio de Kartan Olafsen convertido al cristianismo, en Noruega, por el rey Olaf Triggelsen, asesinado después en 1004 por orden de una hermosa islandesa, cuyo amor había desdañado. Entre las demás inscripciones hay pocas que pertenezcan á la época pagana: la mayor parte son de los siglos X y XI. Sábese que más tarde fueron empleadas estas letras en los encantamientos y en las operaciones adivinatorias de los pueblos septentrionales en conformidad á lo que había enseñado Odin (32). En su consecuencia estaban trazadas sobre las armas,

(31) Tal es la opinión de F. Schlegel, combatida por muchos sabios alemanes, aunque no victoriosamente en nuestro concepto.

(32) Raban Mauro, *De inventione linguarum*, dice: *Litteras quippe, quibus utuntur Marcomanni, quos nos Nord-*

en el timón de las naves, en los cuernos de beber, y hasta en las uñas, en las palmas de las manos y en los brazos (33).

Mujeres.—No arrebatándose el hombre en estas comarcas por abrasadores instintos como en Asia, hacía menos caso en las mujeres de la hermosura que de la castidad, del valor y la prudencia. Éstas, de edad ya madura cuando se casaban, no llevaban como en Asia á sus esposos los encantos de una niña con la inteligencia y las inclinaciones de esta edad; eran capaces de raciocinar sobre su obediencia; inspiraban, pues, una adhesión más sólida y alcanzaban gran ascendiente sobre los hombres. Estos no sólo respetaban en ellas la igualdad de una misma naturaleza, sino que veneraban aquel ardor de sentimiento que las aproxima á seres superiores. Gozaban algunas de inmenso crédito como dotadas de facultades más sùtiles para profundizar lo venidero. Una de ellas acompañaba comunemente al ejército para regular los movimientos con sujeción á los oráculos. Ricibían con preferencia á las mujeres nobles en clase de rehenes. Dentro de casa hilaban y se ocupaban en obras de aguja: seguían á los hombres á la guerra, excitando su valor combatiendo algunas veces con ellos y curando á los heridos. La que ofendía el pudor no encontraba ya con quien casarse por bella y rica que fuese; el adulterio era castigado severamente. No se permitía la poligamia más que los reyes y á los magnates, como atributo honorífico. La mujer no llevaba dote á su marido; al revés, éste compraba el beneplácito de su suegro (34) á costa de ciertos donativos, que frecuentemente consistían en un par de bueyes, un caballo con su arnés correspondiente, una lanza y un escudo. En cambio regalaba la esposa una armadura completa, símbolo de la comunidad de bienes y de fatigas.

mannos vocamus, a quibus originem qui theodiscam loquuntur linguam trahunt, cum quibus carmina sua, incantationesque ac divinationes significare procurant, qui adhuc paganis ritibus involvuntur. Ap. GOLDAST, *Script. rer. aleman.*, tomo II, pág. 69, edición de Senkemberg.

(33) Véase el lib. X, cap. IV.

(34) Todavía no hace mucho tiempo que los sajones llamaban á los esponsales *Brudkop, Brautkauf*, compra de la esposa. Véase ADELUNG, *Historia antigua de los alemanes*. La ley de los borgoñones se expresa de este modo: «Si alguno despidе á su mujer sin motivo, entréguele una suma igual á la que ha pagado por poseerla (tit. 34.)» Teodorico, rey de Italia, al dar su hija en matrimonio á Hermanfrido, rey de los turingios, le escribía: «Os avisamos que con vuestros embajadores hemos recibido por esta cosa inapreciable, según costumbre de los gentiles, el precio que nos habeis enviado, á saber: caballos con arneses de plata como conviene á semejante matrimonio.» CASIOBORO, *Var.*, IV, 1.

CAPÍTULO II

INVASIÓN DEL IMPERIO POR LOS BÁRBAROS

El precedente bosquejo, aun siendo imperfecto por la escasez de historiadores nacionales y por desdenosa negligencia de los extranjeros, basta para demostrar que es un error grave representar la gran invasión como efecto repentino de un vértigo general, como un levantamiento en masa para arrojarse sobre el imperio, determinado ora por una liga armada que no debía tener más término que la conquista, ora por el arrollamiento de una oleada que yung-nus, expulsados de la China y confundidos equivocadamente con los hunos. Jamás se había interrumpido el movimiento, y aquellas poblaciones venidas de Oriente, semillero de naciones más bien que lo ha sido el Septentrion, se habían adelantado más ó menos, aunque sin cesar nunca de marchar hacia el Norte de Europa, empujándose y rechazándose alternativamente, combatidos por los indígenas, por los boyos, por los lectones y por los celtas. La última emigración indo-germánica arrebató á estos los países llamados actualmente Austria, Hungría, el bajo Danubio y todas las comarcas que desde allí se extienden hasta los Países Bajos con la ribera izquierda del Rin, desde Epiro hasta Estrasburgo.

Quizá el impulso de los germanos había empujado á los galos hacia los países del Mediodía, ora para incendiar á Roma, ora para saquear la Dacia y el templo de Delfos y para establecerse en la Italia superior, así como en la Galacia. Después de ellos cruzaron los teutones los Alpes en tiempo de Mario: César les estorbó enseguida ocupar la Helvecia, guiándolos Ariovisto. Cuando encontraron aquella otra oleada romana que iba en sentido contrario á invadir el país, estuvieron contenidos por ella largo tiempo, aunque no tranquilos.

Vino á ser el Danubio límite septentrional del imperio; fué guarnecido como el Rin con una lí-

nea de fortificaciones y con una trinchera de tierra desde Ratisbona hasta la confluencia del Lahn y del Rin; y mientras se hallaban así refrenadas las excursiones de los germanos no avasallados, los que se encontraban más acá de este río aceptaban los usos, la industria y la opresión de los vencedores. Roma se había propuesto en un principio exterminar á los germanos como había exterminado á los galos, ó á lo menos destruir enteramente sus costumbres, su gobierno, su lenguaje; pero el desastre de Varo demostró la imposibilidad de la empresa; y en vez de atacarlos abiertamente, se reconoció que valía más fomentar entre ellos las discordias favoreciendo ya á un pueblo, ya á otro. De este modo consiguieron los romanos aliarse algunos, como los queruscos y los bátavos, hacer á otros tributarios, como los frisones y los caninefatos, ó enervar con los goces de la civilización á sus jefes.

Sin embargo, no permanecían tranquilos sus establecimientos, y tan pronto se sublevaban los queruscos con Herminio, como cedían el territorio y la dominación á los longobardos; después Marobodo arrojaba á los boyos de sus antiguas moradas é instalaba allí nuevas poblaciones; Claudio Civilis llegaba enseguida á restablecer la fortuna de los bátavos.

La tentativa de Marobodo para fundar un gobierno al estilo romano lo hizo odioso; y si abortó el gran proyecto de Herminio de reunir á todos los germanos, á lo menos conservó la nación su originalidad y su independencia. Vencidos muchas veces los germanos por táctica romana, conservaron sus costumbres, su lengua y su gobierno en donde les fué posible; y si de vez en cuando se vanagloriaba el orgullo romano de haber destruido á aquellos enérgicos pueblos, no tardaban en desmentirle volviendo á levantarse vigorosos para